

EL CÍRCULO DEL ALBA

Luisa Ferro



Luisa Ferro



El Círculo del Alba

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Luna de lobos

© Julio Llamazares

© Luisa Fernández Rodríguez, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2016

Depósito legal: B. 17.623-2016

ISBN: 978-84-08-16158-5

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

El hecho de que Ernesto Olmedo hubiese muerto no le convertía en santo a los ojos del mundo. Incluso puede que para muchos mereciera el apelativo de bastardo. En aquel momento, a Bruno no le resultó difícil llegar a esa misma conclusión. Estaba furioso con el mundo, consigo mismo y con su maestro. Quería odiarlo con todas sus fuerzas. No había dejado ni una maldita nota de despedida. Tampoco pistas realmente fiables que le llevaran a dudar de que su muerte no se tratara de un suicidio, tal y como había apuntado la única testigo del suceso. Pero, por otra parte, pensó que Olmedo jamás se lo puso fácil y que no iba a cambiar ahora que había dejado el mundo de los vivos. Ahora bien, según sus propias doctrinas, un suicidio requería ser tratado como un homicidio hasta que se demostrara lo contrario, y no al revés. Esto implicaba buscar a un posible sospechoso.

Elevó la mirada del féretro y observó a su alrededor. ¿Estaría presente ese posible sospechoso entre los congregados al sepelio?

El sonido vibrante de la campanilla del acólito le sacó de sus cavilaciones. Prestó atención a los sogueros que bajaban lentamente el ataúd a la sepultura. La lluvia repique-teaba con fuerza en la tapadera y varios relámpagos sesgaron el cielo.

Lady Amber Doyle lanzó una rosa blanca a la fosa. El aya Uma, tras dejar caer un lirio, sostuvo su mano entre las suyas para reconfortarla. Su llanto mudo contrastaba con

el rojo brillante de su sari y el *kilat* bermejo que lucía en su frente. Las tres hermanas Espada, amigas inseparables de *lady* Doyle, se sumaron al duelo en un sentir de plañidera.

Al segundo toque de campana, Bruno echó sobre el ataúd el consabido puñado de tierra. Miró al inspector Antonio del Romo, gran amigo de su maestro e hijo del que fuera su primer instructor, el por entonces jefe de policía Arturo del Romo. Su rostro era el vivo reflejo de la impotencia. La comisaría del distrito de La Latina en pleno y algunos altos cargos del Gobierno Civil estaban allí para rendirle tributo. Más de veinticinco años de trabajo, asesoría y cooperación avalaban su intachable labor.

Un poco más retirados, Bruno advirtió la presencia de algunos de los colegas de profesión de Olmedo, casi todos pertenecían al cuadro de médicos forenses del departamento de Medicina Legal del Colegio de San Carlos. Otros rostros le eran ajenos, no pudo ubicarlos dentro de su círculo habitual. Imaginó que se trataba de amigos de juventud: cuervos negros y curiosos.

Sus ojos recorrieron otros semblantes más alejados. Los de la gente sencilla que aguantaba estoicamente el chaparrón bajo el simple refugio de un sombrero y el traje de los domingos. Rostros sinceros: gorriones arreciados de frío.

Fue con la vista más allá, hasta una elevación del terreno, y observó a un caballero postrado en silla de ruedas. Llevaba unas gafas de cristales ahumados y una bufanda le cubría gran parte del rostro. Lo acompañaban una enfermera y un lacayo de porte marcial, que le cobijaba bajo un enorme paraguas: un gavilán acechando desde su atalaya.

«Todos morimos tarde o temprano, Bruno —recordó volviendo a sus negros pensamientos—. Eso es lo único cierto. Lo realmente prioritario, si queremos indagar en el origen exacto de la muerte, es devolver la voz a los muertos.»

Y es que más allá de la infinita curiosidad que su maestro profesaba al «ser humano vivo», estaba la que sentía por los mecanismos de la muerte: el origen, sus causas. Insistía en que para hallar respuestas —además de buscarlas de un modo científico, explorando un cadáver y tras practicarle la autopsia pertinente—, también había que trazar un «mapa de vida» al finado. Para ello, nada como indagar en su *modus vivendi*: lo que decimos, lo que hacemos, lo que pensamos; incluso cómo vestimos o amamos. Somos un espejo para el mundo y este no dudará jamás en catalogarnos sin pudor alguno. Lo realmente espinoso era trazar ese mismo mapa-vivendi a aquellos que ya no estaban entre nosotros. Ellos no podían contarnos nada con su propia voz, pero habían dejado testigos silenciosos. Trazos indelebiles que esperaban ser hallados para dar con «el origen».

De aquel punto partía todo: descubrir la finísima línea que separaba la muerte natural de otra violenta. Olmedo lo consideraba un arte además de un reto intelectual donde había que lograr la total reconstrucción de los hechos.

Casi sin ser consciente de ello, Bruno enumeró mentalmente las preguntas clave para la resolución de cualquier crimen según el doctor Hanns Gross, llamado por muchos «el padre de la criminalística». Resonaron dentro de su cabeza con la voz de su mentor: «Quis, quid, ubi, quibus, auxiliis, cur, quomodo, quando». ¿Qué ha sucedido? ¿Quién es la víctima?, ¿cuándo ocurrieron los hechos?, ¿cómo sucedieron?, ¿con qué arma se dio muerte al sujeto?, ¿por qué?, ¿quién o quiénes fueron los presuntos autores? Algunas de ellas se podrían contestar con la simple inspección ocular, otras esperarían a ser resueltas mediante la investigación posterior.

A Olmedo le debía su amor a la ciencia y a la investigación. Sus conocimientos. De él aprendió todo lo que sabía sobre medicina, autopsias y criminología. Lo que jamás le enseñó aquel buen hombre fue el modo de afrontar su pérdida. Su muerte prematura le dejaba doblemente

huérfano con apenas veinticuatro años. Se le hizo un nudo en la garganta. En su cabeza, la voz de su maestro todavía conservaba la impronta de alguien querido que llevaba de viaje algún tiempo y tardaba demasiado en regresar. Dentro de poco, pasaría a ser un tono discordante, falto de matices, imposible de adivinar en el enredo de las voces familiares y las recién descubiertas. Su rostro se desdibujaría de su mente y sus famosas frases pasarían a ser un glosario de palabras inconexas, que perderían el sentido que él les confería. Esa chispa que las hacía ser lo que eran hoy: un sendero familiar donde cobijarse, un diccionario constante al que echar mano cuando la duda le mordía y vacilaba sobre qué camino seguir.

Escuchó el último responso del cura con el alma rota. Fue apenas un trágico paréntesis que le hizo dudar sobre si había llevado a cabo todas las indicaciones que Olmedo señaló en la «cláusula pía» de su testamento. Era una formalidad ya en desuso desde hacía más de un siglo, pero que él, un hombre anacrónico donde los hubiera, se había empeñado en incluir en el documento. En ella daba las instrucciones de cómo deseaba ser enterrado. «Frac, capa española con broches de plata, guantes blancos; insignia del ave fénix prendida en la solapa izquierda...» Llegados a este punto, Bruno decidió hacer un inciso ante la cara circunspecta del señor notario y el asombro general del resto de los deudos.

—¿Insignia del ave fénix? —cuestionó extrañado—. ¿Qué insignia es esa? Yo jamás la he visto.

El funcionario le miró por encima de sus lentes y se encogió de hombros por toda respuesta.

Lady Doyle, sentada a su derecha, le clavó una mirada de reproche. Sus ojos verdes se asemejaron a los de una lechuza que acabara de avistar una insignificante cría de ratón.

—Bruno, ¿qué importancia tiene eso ahora? Ya buscaremos ese condenado broche. Deja que este señor termi-

ne su perorata para que podamos marcharnos. Tengo el velatorio en pleno esperando el té.

El notario torció el gesto con un mohín y prosiguió leyendo como el que lee un prospecto de boticario. El escribano reanudó su punteo sobre la copia de carbón, pero sin poder evitar una sonrisa apretada.

—Calesa de gala y crespones negros, auriga con librea de luto y monaguillos con hacheros abriendo el paso de la carroza, el principal portando una cruz...

Continuó monocorde hasta llegar a las últimas voluntades. Entonces, como si alguien hubiese encendido un candil en la noche más cerrada, todos apretaron los labios y aguzaron los oídos cual lebreles que han oído el tiro del cazador y andan al pendiente de dónde ha caído la pieza.

—A la señorita Amber Doyle le lego los abanicos de concha y seda china, el collar de perlas de Borneo y la peineta de jade. También las estolas; la de marta cebellina, la de zorro ártico y la de astracán, todo ello perteneciente a mi amada y fallecida esposa.

Ella hizo un gesto de asentimiento como dándose por enterada.

—A la nodriza de la familia Doyle, Uma Vundi —prosiguió—, le lego las pulseras de plata y los zarcillos de oro y marfil. También dos mantones de Manila que pertenecían a mi amada y difunta esposa. Y, por último, a Bruno Moreto Salvatierra, mi pupilo, le dono algunos de mis objetos personales: tratados de medicina, revistas médicas, cuadernos, mi maletín de estudiante...

Ante la retahíla interminable de enseres, las dos mujeres comenzaron a bisbisear entre ellas. Dejaron de hacerlo cuando el notario procedió a designar al heredero del inmueble donde se ubicaba la funeraria.

—En cuanto a la casa mortuoria La Luz de Helios y los terrenos en los que está ubicada, hogar de todos los mencionados anteriormente, y contra la cual pesa una hipote-

ca de cincuenta mil duros en el Banco Español de Crédito, recaerá a favor de mi hermano don Hugo Bonaventura, conde del Drago. Dejo a su noble voluntad el pago de dicha hipoteca y todas las disposiciones que tenga a bien hacer con respecto a mi negocio, rogándole encarecidamente que acceda a que la funeraria prosiga con su funcionamiento y no deje sin hogar a la hermana de mi difunta esposa, a su aya y a mi querido pupilo, expósito de la Inclusa, al que tuve a bien recoger e instruir en todas las funciones del negocio. También le dono toda mi biblioteca y mi museo de Patología.

La voz del notario se convirtió en un zumbido de moscardón enumerando piezas y libros. La mente de Bruno se perdió en una espiral frenética de preguntas. ¿Un hermano? ¿Su mentor tenía un hermano? ¿Heredaba la funeraria y de él iba a depender su sustento y techo? ¿Un conde? ¿Y qué demonios era aquello de que la propiedad estaba hipotecada hasta los cimientos?

Era evidente que las dos mujeres estaban tan confusas como él.

—*Oh, my Goodness!* Un italiano... —soltó indignada *lady Amber*—. ¿Y dónde está ese buen señor? Porque no se ha dejado ver en todos estos años...

El notario se quitó las lentes y la miró con gesto imper turbable.

—Me temo que nada se sabe de su paradero actual. Ahora bien, tengan en cuenta que la lectura del testamento se ha adelantado por cuestiones referentes a la cláusula pía. El señor Olmedo todavía está de cuerpo presente. El levantamiento no se hará oficial hasta dentro de dos semanas. Habrá que dar tiempo a mis colaboradores para que encuentren a su hermano. Puede que ya se haya enterado y acuda al entierro. Sabe Dios...

Ella, con la mano en el pecho, lanzó una exclamación.

—Si ese caballero es conde, se le sabrá de algún hotelito o palacete en Madrid; vamos, digo yo...

—No nos consta ninguna dirección en la capital. El título del Condado del Drago es muy antiguo y sus orígenes se pierden en el sur de Italia, de donde es oriundo el susodicho.

—¿Significa eso que don Olmedo era italiano de nacimiento y no nos lo dijo? —cuestionó ella—. No puedo creerlo...

—Tal vez fueran hermanastros —dedujo Bruno—. Hermanos sólo de madre, de ahí que tuvieran distintos apellidos y distintas nacionalidades.

—¿Pone algo de eso en los papeles? —preguntó ella al notario.

—Lamento no poder responder a sus dudas, señorita. Eso serán cuestiones que deberán solventar con el conde Bonaventura en cuanto logremos dar con él. Las competencias de nuestro bufete se limitan a levantar acta de las últimas voluntades del fallecido y a velar para que se lleven a cabo.

Grosso modo les explicó que había un plazo para que el hermano de Olmedo pudiera reclamar la herencia o renunciar a ella. Pasado este periodo y si no había reclamación o súplica por su parte, el banco ejecutaría el embargo de la funeraria si no se satisfacían los recibos atrasados o el total del montante adeudado. Mientras tanto, la hipoteca y los gastos bancarios derivados del impago seguirían aumentando. También les advirtió que tanto las joyas como los objetos de valor que constaban en el legajo no se podrían vender libremente, sino que el dinero obtenido de la venta pasaría a formar parte de un fondo para solventar las deudas pendientes que había adquirido el difunto en vida.

A Bruno le costaba creer que su tutor no les hubiera puesto al corriente de que su economía pasaba por graves aprietos. No obstante, tampoco le extrañó demasiado. En los últimos años, la casa mortuoria no daba beneficios. Apenas cubrían gastos. Menos aún con las reparaciones que hubo que asumir del arreglo del tejado, sumado a la compra de varios caballos y otros enseres.

Cabeceó consternado. «Era un romántico incorregible o un testarudo de tomo y lomo. Para qué engañarnos: ambas cosas le definían a la perfección», pensó. Y no le faltaba razón, tal vez si su mentor hubiera vendido a tiempo las joyas de su difunta esposa y las innumerables antigüedades que atesoraba, no habría dado lugar a una situación tan lamentable. Ahora estaban expuestos a los caprichos de un conde italiano. Todo su futuro estaba en sus manos.

Aguantó bajo la marquesina del pésame la hilera interminable que fue desfilando ante *lady* Doyle, el aya Uma y él. Ni el hombre de la silla de ruedas ni el misterioso conde italiano aparecieron por allí.

La comitiva comenzó a disgregarse. Los más allegados esperaron en la entrada dentro de sus calesas y simones de alquiler para regresar a la funeraria, donde se serviría una cena informal con la que se daría por concluido el funeral.

Antes de abandonar el recinto, Bruno echó una última mirada al camposanto que dejaba atrás. Era una parcela provisional que habían habilitado a causa de la epidemia de cólera que asoló Madrid en 1885. El resto de la futura Necrópolis del Este todavía estaba en obras, veinticinco años después de que los arquitectos la perfilaran como una de las más grandes de España e incluso de Europa. Y sí, tal vez lo fuese dentro de otros tantos; pero en estos momentos era un proyecto faraónico en el que sólo podían llevarse a cabo enterramientos en la zona este, a la que todo el mundo llamaba Cementerio de Epidemias o Nuestra Señora de la Almudena.

Olmedo sentía un cariño especial por aquel camposanto. Solía decir que cuando estuviese terminado compraría un panteón cercano a la futura capilla, tras el Patio de Honor. Bruno se preguntó si, la noche de su inesperada muerte, el infeliz lograría adivinar que no le daría tiempo a ver concluido su querido cementerio.

«Un trágico accidente.» Así lo bautizó la prensa. Uno de los muchos que glosaban los titulares de la sección de

sucesos de cualquier periódico de Madrid y que Bruno hubiese leído con avidez morbosa si no fuera porque no estaba de acuerdo con los titulares. Para él no había sido un trágico accidente ni tampoco un suicidio, tal y como había apuntado la única testigo del suceso, que describió cómo Olmedo se arrojó ante los cascos de los caballos. Por suerte, esto último no había trascendido a los papeles.

Bruno negó con pesadumbre. Su tutor jamás se habría quitado la vida. Lo asesinaron. ¿Y en qué basaba sus conjeturas? Todavía no estaba preparado para exponerlas, pero no tardaría en constatarlo. Desde ese momento, esa afirmación se convertiría en una promesa hecha ante la tumba de su amigo y mentor. Descubriría la verdad. Descubriría al asesino.